

Dos cartas

CARTA A MIGUEL HERNÁNDEZ, al volver a ver a su hijo

Miguel: te escribo en este otoño, hacia
los dieciocho años de tu muerte;
te escribo porque acabo de mirarte
los ojos en tu hijo. De repente

te vi en sus ojos hoy. Retrocedía
el tiempo como retrocede
la luz en un espejo. En un espejo
me ha parecido verle

niño de entonces. Pero ya ha crecido
tanto como has crecido tú en la muerte.
Suma casi tu misma edad de tierra.
Tu estatura de muerto. Casi tiene

tus años de mudez. Se ha hecho tan alto
como tu ausencia. Tan de prisa crece
como tu soledad, como el silencio
que se acumula contra las paredes

que te cobijan. Él nos da la talla
del dolor de este tiempo. Se hace eje
del girar de los años transcurridos,
de la pasada tierra, en la que llueve

llanto de España. Es igual contarle
sus años como que le cuenten
cada eslabón a esta cadena. Un día
tú lo engendraste en un amado vientre

hacia la libertad; morían mientras
hombres; tú mismo, como un joven héroe,
formabas entre ellos. Tú querías
que una semilla musical y alegre

se hiciera tu vivir: el verso, el hijo,
la esperanza sembrabas. Puro, indemne,
salías del terror. Entre tus labios
era la vida quien cantaba siempre.

Nadie ha cantado como tú la dicha
noble de ser camino de la especie,
esa grave alegría de sentirse
de una edad a otra edad humano puente

bajo el que fluye sin cansarse un río,
y ser al mismo tiempo gota breve
de esa agua tumultuosa. Piedra y gota
únicas y en común de la corriente.

Era para ti un ansia de futuro
el hijo, una perenne
proclamación de aurora, una mañana
de la que luz y libertad emergen.

Pero te nació el hijo cuando todo
se concitaba contra ti. «Un torrente
de puñales» —profetizaste un día.
Y cayó la tristeza como nieve

sobre los campos de tu pecho, sobre
tu vida blanqueándola de muerte.
Y ahora está aquí tu hijo ante mis ojos,
ante tus ojos que en su faz se encienden

porque no los cerraste, porque nada,
ni aun la mano feroz del odio, puede
cerrar los ojos al que mira, puro,
en la esperanza signos indelebles.

Y ahora está aquí ese signo de esperanza,
esa raya en el mar del rencor, ese
hijo que niño ayer bebía sangre
de hambre y cebolla en la materna leche.

Crecido como el tiempo de la noche,
como la sombra que nubló tu frente.
Arrancado de ti como con mano
de crueldad se arrancan los esquejes:

Ahora está aquí. Te escribo porque sepas
—y sé que es sorda tu materia inerte—
que está tu hijo entre nosotros, que hace
ante nosotros, juvenil, el trueque

de su alegría por nuestra amargura,
su luz por nuestra sombra. Es la esperanza. Viene
como todos los hijos de la tierra:
El mundo entre sus manos ya se mueve.